

Román
BONET

«BON»



del
Arco

«Bon», el famoso caricaturista, nacido Román Bonet, va a ser objeto de un homenaje por llegar a los setenta y cinco años de su existencia. El hombre está en su «stand» de la Avenida de la Luz. No hay nadie cuando le visito. A «Bon» lo conozco desde hace más de treinta años. Espiritualmente parece el mismo de siempre, pero el tiempo ha dejado huella en él...

—Me estoy muriendo a chorros —dice— y sigo sonriendo.

—¿La vida te ha sonreído?

—He sabido yo sonreír a la vida.

«Bon» se esfuerza en disimular su aislamiento. Recibe al amigo con alegría. No se resigna a estar solo

—¿Añoras el carro?

—Imagínate que te quitasen las alas...

La tienda de «Bon» en la Avenida de la Luz tiene algo de carro, pero sin ruedas. No va a ningún sitio. «Bon» es ahora un trotamundos parado a la fuerza.

—¿Te consideras el último bohemio?

—Si ser bohemio es a la manera de un Santiago Rusiñol, sí Bohemio con dignidad, sin que le falte a uno un plato de sopa. Bohemio productivo. No tienes idea del trabajo que he hecho. Ahora, pasados los años, no te das cuenta. Miles y miles de caricaturas, cientos de exposiciones.

—¿Por qué te has limitado a la caricatura?

—He querido hacer otras cosas. Yo empecé como cincelador y escultor, he hecho pintura, he sido cartelista; pero la caricatura, arte espontáneo, me entusiasmó siempre. En mis buenos tiempos dormía sólo tres horas. Dibujar, dibujar,

dibujar. No he sido vicioso. Si he podido enseñar la cabeza, ¿por qué enseñar los pies?

—¿Sigues trabajando?

—Si vienen aquí, sí; pero ya ves, no viene nadie. Y no tengo ni puntos, ni comas, ni pertenezco a escalafón alguno, ni disfruto retiro de ninguna clase.

—¿Este rincón de la Avenida de la Luz no te da dinero?

—Me gusta estar aquí, porque llevo veinte años y porque mis piernas no me permiten andar sin carro. Mantengo este «stand» porque vienen a veces mis amigos. Pero quiero que entren gentes desconocidas a los que les vea su cara, que es mi trabajo. De aquí no saco ni para el alquiler.

—¿Pero tú pagas, siendo una institución en la Avenida de la Luz?

—El recibo me lo pasan. Mira, aquí tengo el último que pagué, enero de 1960.

«Bon» esconde su amargura sonriendo...

—Por encima de los elogios que te puedan dedicar —continúa—, ¿qué te haría feliz?

—Vender dibujos.

—¿Por qué no los vendes?

—Porque no vienen, porque ya no se acuerdan de mí. He pasado a otra centuria. Y no puedo estar parado. Sigo dibujando, ¿pero cómo ir a una editorial a mi edad? La vejez, mi querido amigo, no es ninguna broma.

Alrededor de «Bon» toda una historia de su vida. Carpetas de dibujo e infinidad de recortes de prensa, que recuerdan cincuenta años de trabajo. Tiempos de la Exposición Internacional de Barcelona —durante ella hizo cuarenta mil caricaturas—, sus viajes a Nueva York, sus triunfos... Todo quedó atrás. Ahora el artista, sobre su tablero, sigue trabajando, venga o no venga el cliente...

—¿En qué consiste el homenaje?

—No lo sé exactamente. He oído que invitan a los artistas barceloneses a que envíen una obra al salón-biblioteca de la Caja de Pensiones de Horta para la exposición que se celebrará en mi honor y que se inaugurará el próximo día 10.

Y como el beneficio ha de ser para él —ruego yo—, envíen cosas buenas y no pongan precios caros, porque el éxito del homenaje es que se venda todo...